

## LLANTO POR FINISTERRE

"y no hallé cosa en que poner los ojos  
que no fuese recuerdo de la muerte"

Quevedo

**M**e levanto de la cama y me dirijo hacia la ventana de mi casa. Me encanta el amanecer. Pero estos días, mientras disfruto del momento, a veces me sorprende llorando. Me pregunto el porque de mis lágrimas, me pregunto de dónde viene esta desolación que me abate, ¿qué es lo que ha muerto en mi para que mi alma sea sólo tristeza?

Mi tierra es Galicia, este Finisterre europeo, herido y olvidado. En nuestra mejor tradición popular la solemos llamar "Nai Terra" (Madre Tierra), una hermosa expresión que identifica Galicia con el ser más querido, con el calor de la vida. Galicia es para nosotros más que una patria una patria. Y esa madre se nos muere ahogada en un mar de veneno, de mentira, de falta de escrúpulos y egoísmo sin límite. Tenemos petroleadas hasta las playas de nuestra alma.

Quisiera que estas palabras que hoy escribo sirvieran para acariciar la sufrida piel de esta costa olvidada, que sirvieran para cicatrizar, aunque sólo fuera levemente, sus profundas heridas. Quisiera que las lágrimas de mis ojos y de todos los ojos que sufren al lado de los míos pudieran lavar y darle un poco de calor a este Noroeste accidentado. Sí; hoy lloramos de rabia ante este negro azar pero mañana nuestras manos unidas en un solo corazón trabajarán por devolverle la vida a este trozo de tierra verde que tanto amamos.

Finisterre simbolizaba en la antigüedad el caos y la oscuridad; el señor de los océanos se revolvía cada vez que

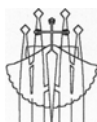
un marinero osaba desafiarle. Hoy como ayer, los gallegos seguimos teniendo una relación con la mar (aquí siempre ha sido femenino) de amores y odios compartidos. Nos ha dado mucho pero también se ha llevado demasiado. El alimento, las playas, la libertad,... han sido sus más generosos regalos. Pero se llevó a nuestra gente por los cinco continentes en una marea de emigración que todavía dura hoy y también a muchos marineros que se atrevieron a desafiarla para robarle su preciado tesoro. Vida y muerte, siempre tan unidas, como en casi toda la realidad gallega.

Muchos señalan a la mar como una desgracia pero ahora es ella la que grita, la que nos pide ayuda,... porque la mar puede ser dura pero nunca mentirosa. Nos pide que olvidemos las afrentas pasadas y que la ayudemos a respirar.

Finisterre, envuelto en las brumas de un océano casi siempre tempestuoso, fue durante mucho tiempo el extremo del mundo más occidental y remoto. Este hecho hizo que la imaginación del hombre lo concibiese como el vínculo más próximo al Más Allá, a ese Otro Mundo de las creencias de los pueblos celtas que vivían en los promontorios Atlánticos. A través de los siglos han llegado los peregrinos desde el corazón de Europa a este Finisterre, en viaje iniciático, para postrarse ante el horizonte del fin del mundo, un rito anterior al cristianismo. Hoy ese sagrado horizonte está cubierto de petróleo.

El mar como el arte, es una cosa mental dice Manuel Vicent. Imaginarlo azul e incontaminado significa que nuestro espíritu también está limpio. Ese sueño ha terminado. Ahora los nuevos peregrinos que lleguen a la playa de Mar de Fóra verán ponerse el sol sobre una extensión negra que no será la noche, sino el manto negro de la muerte. El baño purificador en las aguas de ese Más Allá es ahora silencio por un mar de luto.

Esta tierra está condenada a la adversidad porque la adversidad es una



condena. Una marea negra parece flotar eternamente sobre Galicia. Esa marea a veces se llama "Prestige", a veces emigración, atraso económico, infortunio... Y no nos salva ni Dios.

Al final, sólo nos puede salvar el amor. Amamos la esperanza que, como la adversidad, es también una condena. Los que estamos condenados a la esperanza sabemos que mañana, en el horizonte, aparecerá esa luz cálida que secará las lágrimas que hoy tiene nuestra alma.

Ayer nuestra costa se volvió a llenar de nuevo de veneno, ensuciando las playas que habíamos limpiado el día anterior. Esto es como una maldición, como un castigo medieval en el que no hay quien aplaque la cólera divina.

Me recuerda la leyenda de Sísifo, padre de Ulises, condenado a empujar eternamente, ladera arriba de una montaña infernal, una roca enorme que poco antes de alcanzar la cima se le caía y regresaba una y otra vez al punto de partida.

Hace falta una voluntad de hierro para no sucumbir a la desesperanza que pugna por adueñarse del horizonte en esta castigada costa.

Esto que hacemos día tras día con las manos y con las palas es un acto de fe. Yo soy una persona pacífica pero pocas veces había sentido mi cuerpo y mi espíritu tan en guerra como contra esta marea negra de fuel y de políticos incompetentes. Nunca se había contaminado tanto con tan poco petróleo. Lo que antes fueron fértiles huertos en la mar son ahora negros desiertos de muerte y abandono.

Y quieren reducir este drama ecológico y humano a un simple problema burocrático. Cobre una subvención en la ventanilla 13 y cálese. Pero esta tierra no

pide limosna sino justicia.

Dicen de Galicia que es individualista y resignada. Castelao decía que "en Galicia no se protesta, se emigra". Unamuno se preguntaba si los gallegos no llevaríamos en el alma una cierta pesadumbre de una civilización muerta y enterrada, y si esto no explicaría los rasgos distintivos de nuestro carácter enigmático y misterioso.

Si Unamuno hubiera visto el vigor y la tenacidad con que unos marineros inasequibles al desaliento se están enfrentando a la marea negra, dejaría de escudriñar enigmas para admirar la recia planta de un pueblo zarandeado pero no rendido ni ante el chapapote ni ante la historia.

Amada Galicia, viendo tu dolor, tu coraje y tu fe juro que a partir de ahora siempre será un honor decir al mundo que soy de nación gallega, que hablo tu idioma y que siento tu sufrimiento en el alma porque mi alma es también la tuya tierra mía, la

más pequeña y olvidada de todas las Españas. Y te prometo que pondremos tu nombre derecho y que saldrás algún día de esta enorme noche de piedra en la que te han sumergido.

P.D. A los peregrinos y peregrinas que se pongan en camino, llegar hasta el Fin del Mundo para que vuestra presencia sea abrazo fraterno a esta sufrida costa y también grito enérgico, como el que todos los gallegos, como metáfora de la humanidad, tenemos hoy en la boca: ¡NUNCA MÁIS!

De mar a mar, gracias peregrinos, gracias compañeros.

Xoán García Rodríguez

